

# 

AÑO III

Revista para los jóvenes

MADRID

NUM. 97

## **GRACIOSÍSIMAS AVENTURAS DE MOSQUITO Y MOSCARDÓN**







## de los apeninos a los andes



• C U E N T O •

Hace muchos años, cierto muchacho genovés, de trece años, hijo de un obrero, fue de Génova a América sólo para buscar a su madre. Su madre había ido dos años antes a Buenos Aires, capital de la República Argentina, para ponerse al servicio de alguna casa rica y ganar así en poco tiempo algo con que levantar a la familia, la cual, por efecto de varias desgracias, había caído en la pobreza y tenía muchas deudas. No son pocas las mujeres animosas que hacen tan largo viaje con aquel objeto, gracias a los buenos salarios que allí encuentra la gente que se dedica a servir, y las cuales vuelven a su patria, al cabo de algunos años, con

algunos miles de pesetas. La pobre madre había llorado lágrimas de sangre al separarse de sus hijos, uno de diez y ocho años y otro de once; pero marchó muy animada y con el corazón lleno de esperanzas. El viaje fue feliz; apenas llegó a Buenos Aires encontró en seguida, por medio de un comerciante genovés, primo de su marido, establecido allí desde hacía mucho tiempo, una excelente familia del país, que le daba buen salario y la trataba bien. Por algún tiempo mantuvo con los suyos una correspondencia regular. Como habían convenido entre sí, el marido dirigía las cartas al primo, que se las entregaba a la mujer, y ésta

le daba las contestaciones para que las mandase a Génova, escribiendo él por su parte algunos renglones. Ganando ochenta pesetas al mes y no gastando nada en ella, mandaba a su casa cada tres meses una buena suma, con la cual su marido, que era muy hombre de bien, iba pagando poco a poco las deudas más urgentes y adquiriendo así buena reputación. Entre tanto trabajaba y estaba contento de lo que hacía, y lisonjeado con la esperanza de que la mujer volvería dentro de poco, porque la casa parecía que estaba sin sombra con su falta, y el hijo menor principalmente, que quería mucho a su madre, se entristecía y no podía



resignarse a su ausencia. Pero transcurrido un año desde la marcha, después de una carta breve, en la que decía no estaba bien de salud, no se recibían más. Escribieron dos veces al primo, y éste no contestó. Escribieron a la familia del país donde estaba sirviendo la mujer; pero sospecharon que no llegaría la carta porque habían equivocado el nombre en el sobre, y, en efecto, no tuvieron contestación. Temiendo una desgracia, escribieron al Consulado italiano de Buenos Aires para que hiciese investigaciones; y, después de tres meses, les contestó el consul que, a pesar del anuncio publicado en los periódicos, nadie se había presenta-

do, ni para dar noticias. Y no podía suceder de otro modo, entre otras razones, por ésta: que con la idea de salvar el decoro de su familia, que creía mancharse haciéndose criada, la buena mujer no había dicho a la familia argentina su verdadero nombre. Pasaron otros meses sin que tampoco hubiera ninguna noticia. Padre e hijos estaban consternados; al más pequeño le oprimía una tristeza que no podía vencer. ¿Qué hacer? ¿A quién recurrir? La primera idea del padre fue marcharse a buscar a su mujer a América. Pero ¿y el trabajo? ¿Quién sostendría a sus hijos? Tampoco podía marchar el hijo mayor, porque comenzaba en-

tonces a ganar algo y era necesario para la familia. En este afán vivían, repitiendo todos los días las mismas conversaciones dolorosas o mirándose unos a otros en silencio. Una noche, Marcos, el más pequeño, dijo resueltamente: «Voy a América a buscar a mi madre.» El padre movió la cabeza tristemente y no respondió. Era un buen pensamiento, pero impracticable. ¿A los trece años, solo, hacer un viaje a América, necesitándose un mes para llegar! Pero el muchacho insistió pacientemente. Insistió aquel día, el siguiente, todos los días, con gran parsimonia, y razonando como un hombre. «Otros han ido—decía—más pequeños que



yo. Una vez que esté en el barco, llegaré allí, como los demás. Llegado allí, no tengo que hacer más que buscar la casa del tío. Como hay allí tantos italianos, alguno me enseñará la calle. Encontrando al tío, encuentro a mi madre; y si no la encuentro, buscaré al consul y a la familia argentina. Haya ocurrido lo que quiera allí hay trabajo para todos; yo también encontraré ocupación, al menos lo bastante para ganar con qué volver a casa.» Y así, poco a poco, casi

llegó a convencer a su padre. Este lo apreciaba, sabía que tenía juicio y ánimos, que estaba acostumbrado a las privaciones y los sacrificios, y que todas estas buenas cualidades daban doble fuerza a su decisión en aquel santo objeto de buscar a su madre, que adoraba. Sucedió también que cierto comandante de buque mercante, amigo de un conocido suyo, habiendo oído hablar del asunto, se empeñó en ofrecerle, gratis, billete de tercera clase para la República Argentina. Entonces, después de nuevas vacilaciones, el padre consentió y se decidió el viaje. Llenaron un baulillo de ropa, le pusieron algunas pesetas en el bolsillo, le die-

ron las señas del tío, y una hermosa tarde del mes de abril lo embarcaron. «Marcos, hijo mío—le dijo el padre, dándole el último beso, con las lágrimas en los ojos, sobre la escalera del buque, que estaba para salir—. ¡Ten ánimo! vas con un fin santo; Dios te ayudará!» ¡Pobre Marcos! Tenía corazón esforzado y estaba preparado también para las más duras pruebas de aquel viaje; pero cuando vió desaparecer del horizonte la hermosa Génova y se encontró en alta mar, sobre aquel gran navío lleno de compatriotas que emigraban, solo, desconocido de todos, con aquel pequeño baúl que

(Continuará.)

(1) Del libro *CORAZÓN (diario de un niño)*, de Edmundo de Amicis, que recomendamos a nuestros lectores.





### EL QUE AMA A SUS PADRES LES OBEDECE CON GUSTO

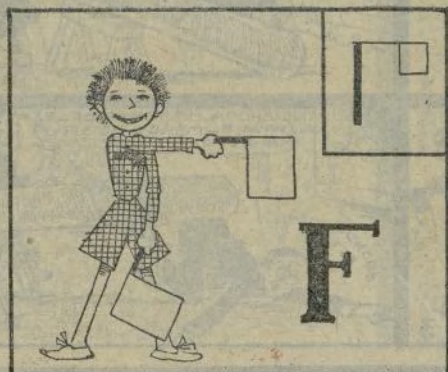
El que ama a sus padres, cosa a la que todos están obligados por lo mucho que les deben, les obedecen siempre con gusto, sea cualquiera la orden que reciban. Cuentan del rey Fernando de Aragón que al sentirse morir llamó a su hijo mayor, llamado Alfonso, y le comunicó que el heredero del trono sería su hermano menor, y le rogaba no opusiese obstáculo a ello. «Padre—dijo Alfonso—, la dicha de obedecer tiene para mí mayor valor que todos los reinos del mundo. Si creéis que mi hermano es más apto que yo para gobernar, acato con gusto vuestra voluntad y estad seguro que le obedeceré siempre como si sus órdenes fuesen dictadas por Dios.» Conmovido el rey ante tan hermosa y respetuosa respuesta, abrazó a su hijo, derramando lágrimas de ternura, y le bendijo pidiendo al cielo toda clase de beneficios para un hijo tan bueno y tan obediente.

### ROMPECABEZAS SENCILLO (DE PUCK)



Estos cuatro personajes han cambiado de cuerpo y de piernas. ¿Sabrías devolver a cada uno lo suyo? Para ello hay que dividirlos en tres partes por la línea de puntos, separándolos antes, cortando por la línea negra. (La solución en el próximo.)

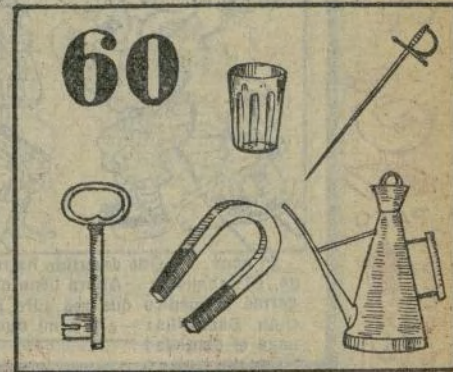
### UTIL Y RECREATIVO



1.º La posición de JEROMÍN con la bandera significa la letra F.



2.º Las posiciones de las manos indican las letras P, Q y R.



3.º Con la letra inicial de cada una de las cosas dibujadas componer el nombre de una población de España.





# Cascarilla ★ PANCHO Y FARINA ★ Maravillosa Historia de Jeromin ★ MIKI, MICI Y MIAU ★ Repollo



El nene del peluquero: —Cascarilla, mira qué bien patina ese; anda a ver qué tal lo haces tú, y te caes para que me ría.



—Este chico es la mar de gracioso! ¿Han visto qué caprichitos tiene? Bueno, rico, ya estoy pathando. ¿Ves que bien lo hago?



El chico: —¡Ja! ¡Ja! ¡Muy bien! Si, gué, sigue, que creo que voy a reirme mucho! —Qué, ¿crees que voy a dar el porrazo? Pues te equivocas.



—¡Canastos!! ¡Quién se ha equivocado soy yo!! ¡Menos mal que te doy en compañía y caes en blando!



El nene: —¡Qué divertido ha resultado. El caballero: —Ahora tiene que pagarme el médico que me cure el chichón, Cascarilla: —¿Y a mí quién me paga el dentista?



PANCHITO, ME PARECE QUE PATINANDO DO CORRO MAS QUE TU



¡AY, DIOS MIO! MI PANCHITO! ¡SOCORRO! ¡FARINA, QUE SE HA ROTO! EL HIELO! ¡QUE ME AHOGO! ¡SOCORRO!



¡NO CHILLES, HOMI! ¡BRE, QUE NO ES PARA TANTO! ¡AGARRATE A MI CUELLO!



¡GRACIAS, JIRAFITA! ¡TE DEBO LA VIDA Y UNA MERIENDA!



¡QUE BUENOS SON LOS ANIMALES!



«Jeromin» y Luisa están pasando un rato agradable con un mecedor, que han colgado de la rama de un árbol del jardín, cuando aparecen el «Mantecas» y el «Colilla» dispuestos a aguarles la fiesta y a vengarse de los fracasos anteriores. Para



al punto la manera de chasquearlos. Levantó los pies, sujetándose a pulso en las sogas del mecedor, y la horquilla pasó por debajo, sin tocarle y sin que pudiera rehuir el golpe, tropezó con las narices de «Jeromin», que iba detrás.



los dos se lanzaron a coger el palo, para propinarle una paliza a «Jeromin». Pero éste, que no les quitaba ojo de encima, encontró otro medio para seguir la broma: con un pie levantó el asiento del mecedor y con el otro pisó un extremo del palo, que



el «Mantecas» cogió un largo palo terminado en horquilla, y, celebrando de antemano la jugada, se dirigió al mecedor, con la santa intención de hacer caer de él a «Jeromin». Pero éste, percibido de lo que trataban los gollos, concibió



Este primer contratiempo los llenó de rabia, y



levantarse, por el otro, se encontró con las caras de los gollos, que cayeron de espaldas, perdiendo el conocimiento con el porrazo. «Jeromin» y Luisa pusieron en el palo, como guinapos tendidos al sol, y los llevaron a la Casa de socorro.



SIGUE TIRÁNDOLE NIEVE, LUEGO NOS ENCONDEMOS DENTRO DE ESTA CUBA Y NO NOS ENCONTRARÁ, ¡VERÁS QUE JUEGA!



¡AHORA ECHO A RODAR LA CUBA, Y QUIERAS ENGERRA DOS DENTRO DE UNA BOLA DE NIEVE!



¡PÁF!



¡ME HABEIS GASTADO UNA BROMA Y OS HABEIS QUEDADO TAN FRESCOS!



¡Eh, caballero! No me hace caso. ¡Que grosero! Buen hombre, atiende, que quiero insultarte. ¡Es usted un cobarde!



Se me ha indigestado el cocido con que me obsequia mañana mi amigo don Severo, y tengo ganas de bronca.



—Este va a pagar el pato. Ahora le insulto y nos damos de bofetadas, a ver si así se me va el mal humor.



¡Eh, caballero! No me hace caso. ¡Que grosero! Buen hombre, atiende, que quiero insultarte. ¡Es usted un cobarde!



—¡Como si no lo oyera! ¡Vaya un tío tranquilo! Se lo diré más fuerte: ¡Es usted un sirvenguenza!!! ¡Un cobarde!!! ¡Un...



—¡¡Mi abuela!!! ¡Está visto; todo me sale mal! Si quiero insultar, tropiezo con un sordo.





# Cuentos fantásticos

## HISTORIA DEL PRINCE AMED Y DE LA HADA

(Continuación.)

«Esta manzana que aquí veis, y que es la maravilla que yo traigo, tiene la virtud de curar a los enfermos, por muy graves que se encuentren, con sólo olerla, y no dudo que si logramos que la huela la princesa, se pondrá sana al instante.» «En ese caso—añadió Husan—, sentémonos los tres sobre mi alfombra y trasladémonos, sin pérdida de tiempo, a la habitación de nuestra querida Nuruniar para restituírle la salud.» Sentáronse los príncipes sobre la alfombra, y en dos o tres minutos se vieron en el palacio de su padre, que se quedó admirado ante aquel prodigio. Amed entró en la habitación de Nuruniar, le colocó la prodigiosa manzana junto a la nariz, y, a los pocos instantes, la joven abrió los ojos, se incorporó y no tardó en pedir sus vestidos, encontrándose tan buena como antes. Los príncipes, después de manifestar su júbilo por la curación de la princesa, se fueron a la habitación de su padre, presentándole los maravillosos objetos de que



eran portadores, para que él decidiese en la contienda. El sultán oyó en silencio la relación que le hizo cada uno de sus hijos, y, después de meditarlo algunos instantes, les dijo de esta manera: «En justicia no puedo declarar, hijos míos, cuál es el vencedor. Es cierto que la princesa se curó con la manzana de Amed; pero ¿de qué hubiera servido la manzana si no hubieseis visto el peligro con el tubo de marfil y no hubieseis podido venir inmediatamente por medio de la alfombra? Aunque los tres objetos son utilísimos, hay tanta igualdad entre ellos, que no se puede decidir cuál es el más valioso. Es preciso recurrir a otra prueba, que debe hacerse hoy mismo. Tomad cada uno un arco y una flecha y marchaos a la llanura donde se verifican los ejercicios de caballería; allí dispararéis todos desde el mismo punto, y aquel cuya flecha vaya más lejos obtendrá la mano de la princesa. Disponeos a realizar esa prueba, que yo voy inmediatamente al campo con los nobles que han de presenciar la contienda.» Apenas salieron los príncipes y los nobles para el lugar del tiro, los siguió una gran multitud, noticiosa de lo que allí iba a suceder. El primero que tiró fué Husan, como hermano mayor que era; después, Ali, cuya flecha fué más lejos; por último, tiró Amed, cuya flecha se perdió de vista, y no se pudo encontrar por ninguna parte, a despecho de todas las pesquisas que se hicieron. Como era indispensable hallar la flecha para decidir el juicio, el sultán declaró vencedor al príncipe Ali, que se casó de allí a pocos días con Nuruniar, celebrándose con este motivo largos y suntuosos festejos, a los que no quiso asistir ninguno de sus hermanos, pues Husan abandonó la corte, renunció al derecho que tenía a la corona y se retiró a la soledad a hacer vida de derviche, y Amed se decidió

a ir en busca de la flecha y no descansar hasta encontrarla. Después que Amed anduvo de un lado para otro, buscando su flecha, recorriendo en estas pesquisas cuatro leguas, vió junto a unas rocas una flecha tendida en el suelo, se acercó a ella con ansia y reconoció que era la suya, quedándose admirado de verla a tanta distancia y de que no estuviese clavada, sino tendida. Retiróse a descansar y a meditar entre las rocas y advirtió una puerta de hierro sin cerrojo aparente, la empujó y vió una bajada suave, por la que empezó a descender, siempre con la flecha en la mano. Después de recorrer un trecho oscuro, vió el príncipe que la atmósfera se aclaraba poco a poco, siguió adelante y se encontró con un magnífico palacio, situado en una gran plaza, en la que había una hermosa, joven de majestuoso porte, que se adelantó hacia él, seguida de un numeroso cortejo. El príncipe aceleró el paso para presentarle sus respetos, y la dama le dijo: «Príncipe Amed, acercaos y sed bien venido.» «Señora—respondió el príncipe, admirado de todo lo que veía y oía—, os doy gracias por vuestro recibimiento y os suplico me digáis cómo conocéis mi nombre y mi clase.» «Pasemos ahora al palacio, y allá satisfaré vuestra justa curiosidad.» Entraron los jóvenes, con su cortejo, en un salón de asombrosa arquitectura, adornado de oro y plata y de muebles de inestimable valor; tomaron asiento en un lujoso sofá, y la joven se explicó de este modo:

(Continuará.)

Dentro de poco comenzaremos a publicar la emocionante novela infantil, titulada «Migulín», escrita expresamente para JEROMÍN, por el brillante e inspiradísimo M. G. Bengoa, tan conocido y celebrado por nuestros lectores.



Habiendo el hombre fabricado un hacha, pidió a la selva que le suministrara madera fuerte para hacerle un mango. Accedió la selva a la petición; pero tan pronto como puso el hombre mango a la segura, comenzó a cortar ramas y árboles a diestra y siniestra.

—Bien merecido lo tenemos—dijo la encina, al ver tal desmocher—, por haber dado al hombre la madera que necesitaba para utilizar el hacha.

No debemos dar armas a los enemigos, si no queremos que se sirvan de ellas contra nosotros.

Esopo.

Aquí tenéis al afortunado jerominista que se «calzó» con la magnífica bicicleta sorteada por JEROMÍN. Por cierto, que ha caído muy bien, pues se trata de un chico pobre que tiene que venir a Madrid frecuentemente y tenía que hacerlo a pie, recorriendo seis o siete kilómetros. Ahora, con su bicicleta, ese recorrido, que antes era un martirio, le resulta un placer. Está visto que JEROMÍN sabe hacer las cosas muy bien.



### NOTA IMPORTANTE

Las cuatro semanas que ha estado JEROMÍN sin publicarse ha sido debido a la reciente huelga de Artes gráficas, la que cogió a medio tirar a los números 95 y 96. Por esto no hemos podido dar en ellos las explicaciones que ahora damos.

Lamentamos más que nadie el contratiempo, pues a nadie ha causado la huelga tanto ruido y pérdidas como a nosotros; los suscriptores de JEROMÍN sólo han sufrido el verse privados cuatro semanas del placer que tienen en leerlo; fuera de esto, nada, porque esas semanas que no se ha publicado no las pagan, puesto que nosotros no cobramos por meses ni años las suscripciones, sino por números publicados y mandados.

Aunque, como ven, no ha sido culpa nuestra, no obstante, rogamos a nuestros queridos amigos que disimulen el contratiempo y sigan protegiendo, cada vez con más entusiasmo, a JEROMÍN, que, por su parte, hará cuanto pueda por ser cada vez más ameno, artístico e instructivo.



PO DEN gran Qi en  
NOTA Lcción DA 88, pu:  
dello pue d d pen de ri E  
t X MIR. Una buena  
A tad pue d AK re OO  
gran dd bien: Vi: una  
pue d p d Pdida  
TO 2 3 4 que es lib NOTA D  
mal 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10

de  
das  
cae  
sue  
rido  
mu  
tier  
alg  
de  
lian  
tlaz  
per  
dol  
llan  
que  
se  
do  
cab  
le  
por  
ció  
def  
nen  
añ  
a  
Su  
val  
nos  
va  
bir  
per  
ma  
vas  
en  
sim  
joy

pa  
un  
ca  
ces  
de  
he  
a:  
inf  
vin  
na  
no  
po  
de  
eto  
la  
tra

na  
m

ñe



# La España Gloriosa



**Hernán Cortés**

(Conclusión.)

de se halla el portaestandarte en unas andas de oro, y andas, estandarte y general caen rápidamente sobre el ensangrentado suelo. La batalla se convirtió en verdadera carnicería; los mejicanos huyeron despavoridos, dejando en el campo muchísimos muertos y millares de prisioneros. Algún tiempo después, el valeroso caudillo recibió algunos refuerzos de España, y, al frente de tres mil soldados y de un cuerpo auxiliar de diez mil hombres que le dieron los tlaxcaltecas, volvió sobre la capital del imperio. Cuitlahuac había muerto, sucediéndole en el trono un sobrino de Moctezuma, llamado Guatimocín. El nuevo emperador, que era joven y tenía instintos belicosos, se preparó para la guerra; pero fué vencido y hecho prisionero por Cortés, quien, al cabo de tres años de cautiverio y de haberle sometido al tormento, lo mandó ahorcar por haber tomado parte en una conspiración. El 13 de agosto de 1521, Méjico quedó definitivamente en poder de España: de manera que Hernán Cortés sólo necesitó dos años para hacer su nombre inmortal y dar a su patria un vasto y riquísimo imperio. Sus conquistas y nuevos descubrimientos le valieron a Cortés un título nobiliario, el nombramiento de capitán general de Nueva España, inmensos territorios y un recibimiento triunfal en Toledo, donde le esperaba Carlos V; pero, deseoso siempre de penetrar los secretos del mar y de ganar más gloria para su patria, emprendió nuevas empresas de exploración y conquistas, en las que gastó, no sólo lo que poseía, sino hasta el producto de la venta de las joyas de su esposa.

\*\*\*

Cierto día en que Carlos V salía de su palacio, acercóse al estribo de su carroza un caballero de lengua y poblada barba blanca, que en vano había intentado varias veces ser recibido por el emperador. El rey de España se fijó en él, y con acento que heló la sangre del caballero, le preguntó: «¿Quién sois?» «Un hombre—contestó el interpelado—que os ha regalado más provincias que ciudades os legaron vuestros padres y abuelos.» Aquel caballero era Hernán Cortés, que, pobre y desvalido, moría poco tiempo después, el 1517, en Castilleja de la Cuesta, cerca de Sevilla, para vivir eternamente, como dice un historiador, por la fama de sus hechos. Su cuerpo fué trasladado a América.

## COLMOS

—¿Cuál es el colmo de un maquinista?  
—Atropellar a un hombre con la máquina de coser.

*Pepín Flor, ocho años (Avilés).*

—¿Cuál es el colmo de un periodista mudo?

—Llevar *La Voz* bajo el brazo.

## PARECIDOS

—En qué se parece *Jeromín* a una niña?

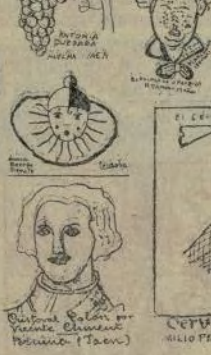
—En que los dos entretienen a los niños.

*Alfonso Lorenzo, 15 años (Ciudad Real).*

## COLABORACION INFANTIL

### ANDALUCIA

Por E. A. DEL TÍO  
CASA LARGA (Córdoba)



## ROMPECABEZAS



1.º Unid los puntos del 1 al 22, y veréis todo el dibujo completo.

2.º ¿Dónde están los condes de ese castillo? Han salido de paseo y no se los ve.

## CHISTES

—Díme, papá, ¿por qué ahora los animales irracionales no tocan instrumentos de aire?

—Hija mía, porque los animales no pueden tocar.

Pues cuando Tomás de Iriarte escribió sus fábulas, los burros tocaban la flauta.

*Purita Hernández, 10 años (Carcagente).*

## ACERTIJOS Y ADIVINANZAS

¿Qué cosa no tuvo Adán que tienen todos los que se casan?

(La solución en el próximo.)

SOLUCIÓN DEL NÚMERO ANTERIOR

El pantalón.

**FIJENSE BIEN EN LA NUEVA DIRECCION PARA LA CORRESPONDENCIA**

**JEROMIN**, la revista para jóvenes más artística, amena e instructiva.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un ejemplar, 5 20 pesetas al año.

Por paquetes de cinco ejemplares en adelante, a razón de ocho céntimos ejemplar.—Número suelto, 10 céntimos.—Pagos adelantados.

Dirección y Administración: Calle Mayor, número 92, pral. izquierda, Madrid.





Era en los tiempos de Nelson cuando el pequeño Antonio, que se hallaba enrolado en uno de sus buques para atender al sostenimiento de su madre, que se hallaba imposibilitada, y en ocasión de estar éste anclado en un sitio próximo a la aldea, tuvo noticias de que su madre había empeorado, y deseoso de acudir a su lado, y ante la seguri-

dad de que no le sería concedido permiso, decidió tomárselo por sí mismo. Así que lió su petate, y aprovechando la obscuridad de la noche, abandonó la embarcación. Buen conocedor del terreno que pisaba, marchó a campo traviesa, tanto para despistar, si era perseguido, como para llegar cuanto antes al lado de su madre. Mas al atravesar

el camino real, tropezó de manos a boca con un bandido, que, pistola en mano, se disponía a saquear una silla de postas, que se hallaba parada en medio del camino. Antonio, que tenía un corazón de oro, en vez de eludir el peligro, dando un rodeo, se dirigió hacia el sitio en donde el ladrón estaba, y antes de que éste se diera cuenta, le



arrojó su bastoncillo sobre la mano en que sostenía la pistola, haciendo que ésta cayera a tierra, y el ocupante del coche, saliendo, se apoderara de ella. Mientras tanto Antonio sujetó el caballo, y el caballero de la silla de postas, encañonando al bandido, le intimaba a que bajara de su montura. En esto estaban, cuando, a todo correr, apareció

un grupo de soldados, que iban en busca de Antonio, pues ya había sido notada su desertión y se había dado órdenes para capturarlo. En un principio, Antonio pasó desapercibido, pues los soldados se dedicaron a maniatar al bandido; mas una vez terminada la faena, uno de ellos reparó en él, y como le reconociera, exclamó: «¿Date preso

en nombre del Rey, por desertor!» Grande fué la admiración del viajero al oír estas palabras, y como no dudaba de la bondad de Antonio, dada su valentía, intervino en el asunto, dándose a conocer a los soldados, pues era un general de las tropas del Rey. Al oír esto el soldado que había apresado a Antonio, se cuadró militarmente, po-



niéndose a las órdenes del general, el cual le rogó que le dejase en libertad a Antonio y que no se preocupase de la suerte que pudiera correr, pues él respondería. Algo preocupado por lo sucedido, y pensando pedir cuentas a Antonio del por qué había desertado, ya que no le creía capaz de un acto tan denigrante, le invitó a proseguir el camino en su silla, rehusándolo Antonio, cosa que extrañó más al general. En-

tonces Antonio le explicó cómo a pocos pasos de allí estaba la cabaña en la que se albergaba su madre, a la que iba inmediatamente a ver, pues había tenido noticias de que se hallaba muy enferma. Entonces el general comprendió que el amor filial había podido en Antonio más que el deber, incapaz, por su corta edad, de comprender que no hay nada que se pueda anteponer al deber, y prometiéndole sacarle airoso de

aquella situación, le acompañó a la cabaña. Grande fué la alegría de la pobre mujer al ver a su hijo, y más cuando el general la contó cómo había sido salvado por Antonio, y que desde aquel momento le tomaba a su cargo, para hacer de él un hombre de provecho. Antonio permaneció con su madre unos días, hasta que estuvo mejorada, y luego fué en busca del general, para comenzar su nueva vida.

#### HISTORIA DE UN MOZALBETE APELLIDADO «CHURRETE» (Continuación.)



En un instante estuvo sofocado el fuego y, después de tributar a su sabio rey otro entusiasta homenaje, pudieron dedicarse tranquilamente a devorar el

elefante asado. Con tantos trabajos y emociones, tenían un hambre devoradora y había que ver como mordían y tragaban las magras del paquidermo.

Lo más exquisito se lo servían a Churrete, que presidía el festín sentado en su trono.

(Continuará.)